

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

MAGNÁNIMOS

Si queremos encaminarnos mucho más decididamente hacia la santidad, nuestra meta tiene que ser el grado más alto posible de santidad. Y lo primero que hemos de hacer para lograr esa meta, es dejar de lado todas las excusas.

Una actitud esencial es la magnanimidad. Sin ella, el cristiano no puede cumplir su misión. Apenas podría sobrevivir como una criatura mutilada, desfigurada, destinada a desaparecer, tarde o temprano.

Y lo mismo que la libertad, la magnanimidad es indispensable para la santidad. El Padre Kentenich, fundador del Movimiento de Schoenstatt, asegura, por eso: *“Nadie puede llegar a ser santo si no es magnánimo”*. Llama a la magnanimidad *“la osadía de los santos”*. Porque como realista sabe que el santo ha de inclinarse no sólo ante la grandeza de Dios, sino también ante la cruz de Cristo.

¿Qué es la magnanimidad? Significa tener un alma grande (anima magna). Es un alma que ha superado la mediocridad, que aspira a las alturas y se pone exigencias elevadas. Es una grandeza de alma que no gira en torno a sí mismo, sino que busca servir a los hermanos y agradar a Dios. Quien responde siempre a ese llamado a la magnanimidad, será luz y guía para los demás y los eleva a lo grande, lo alto. Los magnánimos viven lo que propone el Padre Kentenich: *“No simplemente lo grande, ni algo más grande, sino precisamente lo más excelso ha de ser el objeto de nuestros esfuerzos intensificados”*.

Debe ser algo grande a lo que nosotros consagramos nuestro tiempo y nuestra energía. Hemos nacido para la grandeza - eso es exigencia de nuestro corazón. Por eso, nuestra actitud fundamental ha de basarse en la generosidad y magnanimidad. Ya Santa Teresa estaba convencida, que la altura del monte de un topo, no despierta ningún heroísmo o audacia en las almas grandes. Sólo lo pueden hacer las montañas altas orientadas al cielo. Por eso no queremos edificar casitas pequeñas y livianas que pueden ser derrumbadas por cualquier tempestad. Nuestro corazón exige una construcción por siglos, que ofrezca a las futuras generaciones amparo y consistencia segura.

Pero esta grandeza no sólo es exigencia de nuestro corazón, sino también es imperativo del tiempo. Sus catástrofes típicamente apocalípticas, se detienen sólo ante criaturas orientadas por lo más excelso.

El futuro mostrará si entramos en la historia como una generación de gigantes o un montón de enanos.

Pero no nos equivoquemos. Grandeza del alma no es, en primer lugar, realizar hazañas grandiosas, sino que es hacer con corazón, con alma todas las cosas. Es hacer con un gran amor las cosas pequeñas, cotidianas, rutinarias. *“Hacer extraordinariamente bien las cosas ordinarias”* - en eso consiste la magnanimidad. Para las personas que aman realmente, no existen las pequeñeces. A lo mejor parecen insignificantes ante el mundo. Pero ante Dios es esa la verdadera grandeza.

Obligación y magnanimidad. Debemos cuidarnos mucho de no confundir magnanimidad con obligación. No impongan una obligación donde no corresponde, de lo contrario educan esclavos, es decir, a hombres que son buenos por error, y no por decisión propia.

Por eso en nuestro diccionario deberían estar lo menos posible las palabras: *“¡tienes que hacer!”*; en su lugar deberían estar: *“¿podrías hacer?”*. Ahí donde termina el deber, ahí recién comienza la magnanimidad.

Hoy en día se pone la exigencia en el deber. Nosotros la ponemos en la magnanimidad. Apelamos sólo al querer, pero no al deber. Exigencias en base al honor y al deber, se quiebran. Pero si hemos madurado en base a la generosidad y a los grandes ideales, entonces nos mantendremos fieles. Tenemos que ver nuestra misión y poner exigencias, pero exigencias en magnanimidad.

Pregunta para la reflexión

¿En qué medida hago extraordinariamente bien las cosas ordinarias?

Si desea suscribirse, comentar el texto o dar su testimonio, escriba a: pn.reflexiones@gmail.com